

Tratando de entender Japón a comienzos del siglo XXI: algunos hilos conductores de la visión occidental

Rodolfo Molina*

Resumen

Las explicaciones acerca de la economía japonesa que han circulado en los últimos treinta años no parecen independientes del estado de las relaciones de Japón con EEUU ni de las necesidades de la política estadounidense. Es posible constatar que las explicaciones no dependen totalmente de la disponibilidad de información, ni de la existencia o no de teorías explicativas adecuadas: en los años sesenta y setenta predominaban simplificaciones a pesar de la existencia de información suficiente y estudios acerca de la economía japonesa. Se puede ver una correlación entre el interés estadounidense, la complejización de las relaciones entre ambos países y los esfuerzos académicos realizados en EEUU para entender la economía y la política japonesas. Pero también es posible constatar que para que las explicaciones de calidad sean puestas en circulación amplia parece ser necesario que el momento sea propicio y que el lugar sea EEUU (o mundo anglófono). Independientemente de su calidad, las explicaciones que alcanzan dimensión mundial tienen que ver siempre con perspectivas vinculadas al tipo de explicación que en EEUU hay interés en dar acerca de Japón. Y a pesar de la ampliación

Abstract

[Understanding Japan at the start of the 21st century: main ideas leading the western view]

The reasons which have been given over the last thirty years to account for the Japanese economy do not seem to be far different from the kind of relations enjoyed by Japan with the USA or from the needs of the American policies. It can be seen that the explanations given do not at all depend on the information available nor on the existence or not of the adequate explicative theories: in the 1960's and 1970's, oversimplifications prevailed in spite of having available and sufficient information and studies of the Japanese economy. A correlation is seen between the American interests, the ever more complex relations between both countries and the academic efforts made in the USA to understand Japan's economy and politics. It is also possible to confirm that for solid explanations to be widely informed the right moment should arrive and the place should be the USA (or, the Anglophone world). Independently of the quality information concerned, the far-reaching explanations are almost always related to prospects linked to the type of explanation the USA is

*Director de la Especialización en Estudios de Asia oriental. Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba.

y profundización de los estudios sobre Japón persiste la tendencia a presentar como característica *per se* de la economía japonesa lo que –en realidad– es un modo particular de problematizar la propia reflexión estadounidense acerca de la hegemonía de EEUU.

Aunque en escala infinitamente menor –pero de modo más palpable– algo semejante ocurre en Argentina con lo que se dice, y se deja sin decir, acerca de Japón: sólo circula lo que es verosímil al imaginario académico y político, y lo que en el fondo refleja las propias tribulaciones del pensamiento dominante.

Palabras claves: Modelo japonés. Ciencias sociales. Nacionalismo económico. Economía y seguridad. Japón. EEUU.

interested in giving in relation to Japan. No matter the spread or the depth of the studies conducted on Japan, there still persists the inclination to present what, as a matter of fact, is the particular way of exhibiting the very American reflections on their own hegemony as characteristics of the Japanese economy.

Although a lot more limited but probably more readily perceived, something similar occurs in Argentina with what is said and what is allowed to be said of Japan: only what is acceptable to the academic and political imagery and what reflects the dominant thought is allowed to circulate.

Key words: Japanese model, social sciences, economic nationalism, the economy and security, Japan, USA.

Introducción

En el campo académico y científico se considera construcción de conocimiento lo que, partiendo de datos empíricos y de principios teóricos, se elabora para precisar, completar o modificar la visión que se tiene de lo real. No es de interés en este trabajo ir más allá de destacar que aún las verdades de las ciencias más duras y más puras no son eternas ni totalmente absolutas. En el campo académico, lo óptimo es la investigación sobre algún problema específico planteado acerca del objeto de estudio. Pero también es posible reconocer que el conocimiento no progresa acumulativamente, de manera lineal, por la sola verificación con datos válidos de una hipótesis correcta planteada acerca de un problema específico en relación con una teoría probada y cierta. Creemos que en ciertas coyunturas –como es la actual en los estudios de Asia en Argentina– fomentar la posibilidad misma de construcción de conocimiento buscando la reflexión acerca del *estatuto* de los datos, las teorías y las explicaciones que se manejan, que circulan y están en discusión, puede ser tan útil y necesario como contribuir con la construcción de un conocimiento específico –con una investigación original.

I. Planteo de la cuestión

Todavía a mediados de la década de los años sesenta del siglo XX aparecían en Francia –en colecciones *Tiers-Monde* (Tercer mundo)– estudios de verdadero rigor académico sobre la economía japonesa. Sólo veinte años después, en 1985, la *Revue de l'OFCE* publicaba un largo artículo titulado *Le Japon à l'âge mur* (Japón en edad madura) (Shwob y Sigogne). Las dos décadas que quedan en medio, ya fuera en términos de la teoría de la modernización o en términos de “milagro” y de características únicas, o en línea gershenkroniana, registran conocidos intentos de dar una explicación acerca del crecimiento económico de Japón, particularmente en EEUU. Afortunadamente, hubo también mejores resultados que esos, como lo producido por Chalmers Johnson. En Francia no faltaron tampoco buenas monografías y estudios, como el de Roger Cukierman, y aun el de Nicolas Jéquier (pero lamentablemente, en cuanto a Japón al menos, y a pesar de Serge Elisseeff, ambos mundos académicos se ignoraban no permitiendo la mixigenación intelectual). En ese período también comenzaba la tarea comparativa al amparo de la OCDE.

Ni al abordar el Japón de entonces ni el de hoy se podría reducir la comprensión a un plano único de tratamiento, ni se podría ceñir el asunto al simple uso de datos empíricos del tipo de los indicadores conocidos para el caso de otros países industrializados; ni tampoco se podría proceder a *llenar casilleros* de una teoría para probar que ella se cumple. Pero a menudo así se pretende: el plano de

tratamiento más común suele ser el del cumplimiento de lo que se tiene por reglas del buen funcionamiento de la economía en general y del sistema internacional; en cuanto a teorías, figuran allí sobre todo la de la globalización –que siempre se deja, convenientemente, sin contrastar con la frecuente apelación a “nuestros intereses nacionales” que, en sus discursos, hacen presidentes y altos funcionarios norteamericanos.

A principios del siglo XX fue corroborado aún para las ciencias físico-químicas el carácter ilusorio del conocimiento como reflejo especular de una realidad de plano único que está ahí como *dada*, lista a ser descubierta. A pesar de eso, la ciencia social estadounidense ha alimentado su juego de buenos y malos valiéndose de alguna variante de funcionalismo, puesta en formato de alegato judicial, o moralizante estilo “boletín parroquial” –como dice Robert Georjin. Se pretende que la realidad histórico-social –o la internacional– esté ahí como una cosa, para ser vista por la teoría correcta, la no diabólica, y se acusa a los demás de los errores que apartan de la globalización, para así encauzar los países por la única buena senda. La existencia de obras y títulos como los de Francis Fukuyama y Samuel Huntington, pasando por libros y artículos de otros académicos, periodistas y funcionarios menos conocidos, exime de justificar la crítica anterior, pero conviene agregar que son esos títulos los que han escamoteado el tratamiento del desarrollo del capitalismo en Japón como objeto de ciencia social, confundiendo los problemas de la economía japonesa con los problemas de las relaciones de Japón con EEUU, y confundiendo ambas cuestiones con desviación de una supuesta línea correcta de la economía y de las relaciones internacionales. La obra del primero merece dos renglones más porque, al mismo tiempo que critica al mundo soviético hundido, era también un tiro por elevación contra Japón, como lo nota David Williams en una obra no muy difundida, pero fundamental: *Japan: Beyond the end of the History*.

La lectura de buena parte de la prensa internacional en relación con la última reelección de Koizumi Jun'ichiro (2005), y las elecciones de Abe Shinzo (2006) y Fukuda Yasuo (2007) darían la impresión de que son los cambios de gabinetes, los emergentes de las políticas seguidas por los dos primeros, así como los intentos de atacar algún fenómeno remanente de época anterior no resuelto por la política y la economía de los años noventa los que permiten entender tanto la larga permanencia de Koizumi como la breve de Abe en el poder. Entran en el repertorio de temas las reformas encaradas y sus limitaciones, las contribuciones japonesas a las invasiones norteamericanas a Afganistán e Irak; no quedan de lado, por supuesto, algunos asuntos urticantes para el electorado estadounidense como el de las visitas de Koizumi al templo de Yasukuni (donde están entronizados los espíritus de los muertos en guerra, incluyendo personajes clasificados criminales de guerra clase “A” en los juicios de Tokio) y las declaraciones de Abe y otros funcionarios acerca

de las relaciones preguerra con China o Corea del Sur. Es decir, lo que es importante para las empresas norteamericanas y lo que llama la atención patriótica de los estadounidenses es lo que aparece presentado como importante para la economía y el electorado japoneses¹. Reciben escasa mención o son dejados de lado, sin embargo, asuntos tales como las transformaciones de la economía japonesa de las últimas décadas, y la dirección tomada por la política japonesa en las condiciones de tener como socio principal a la única superpotencia económica y militar; queda muy especialmente de lado el asunto de los fundamentos de la renovación de la alianza militar nipo-norteamericana en los años noventa, presentando, en cambio, el asunto de las novedades en el área de seguridad como consecuencia lógica del “terrorismo”, cuando el “terrorismo” es en realidad un fantasma que sobrevuela el discurso oficial estadounidense al menos desde 1978, como lo ha sido el de las armas de destrucción masiva desde 1990 –existan o no. Abordada sí, pero de manera ambigua, es la cuestión de China y su lugar en relación con Japón en el equilibrio de poder en el este de Asia. Poca referencia se hace al lugar de la demanda china en el relanzamiento de la actividad económica a partir de 2004, y menos referencia aún se suele hacer a lo que es una de sus razones principales: la precarización de las condiciones de trabajo y la baja relativa de salarios.

Sería una simplificación ideológica, política y de tratamiento académico considerar los acontecimientos posteriores a 2001 como una mera cuestión de reforma o resistencia al cambio, o de mera permanencia de la política de Koizumi en el gobierno. El ciclo histórico de los problemas involucrados comienza de manera manifiesta hace unos veinte años, a mediados de los ochenta, estando implicadas tanto la estructura de la economía japonesa como su respuesta o transformación según las coyunturas y, directamente ligado a eso, las variaciones en el carácter de la relación de Japón con EEUU. Lo que comienza a ser problemático hace veinte años, y en buena medida lo es hoy todavía, no es la simple cuestión sobre cuán acertadas puedan ser las “políticas”. Pero también es posible observar que si bien es a partir de 1985 que los problemas alcanzaron amplia difusión y las polémicas oficiales y académicas tomaron cuerpo, se puede reconocer que las preocupaciones oficiales y el interés académico base surgieron en EEUU tan pronto como se constató el “milagro” japonés hacia 1970.

El carácter del capitalismo japonés requeriría ser tratado en varios volúmenes y sobre base empírica ponderada. Baste acá un índice de algunos términos o conceptos que se han usado acerca de ese tema. De hecho, a pesar de su innegable carácter capitalista, la economía japonesa ha sido comparada con la soviética (Andrea

1. Esto no implica desconocer los hechos de la política japonesa que afectaron a chinos y coreanos, principalmente, antes de y durante la guerra. Simplemente se trata de cierta perplejidad ante tanta preocupación por algunos hechos éticamente repugnantes y no por otros.

Boltho llegó a hacer comparaciones con la URSS en aspectos como inversión, bajo consumo y relativa igualdad en la distribución del ingreso, así como diversidad de calidad de técnicas producción). El concepto de *economía planificada* alude a la planificación del Estado sobre el proceso económico y, a conveniencia del usuario, se lo solía asociar a cierto autoritarismo. Pero hablar de economía planificada sin más, tampoco sería útil para entender Japón, ya que la amplitud de los casos de planificación económica podría ir desde la Inglaterra de la inmediata posguerra hasta la China de hoy. Hay dos viejos conceptos producidos por el marxismo o que intentaron dar cuenta de la realidad soviética: el de *capitalismo de Estado* y el de *economía de plan*, o *economía centralmente planificada* que, según el usuario, pueden tener tanto un sentido académico como adquirir connotación más macarthysta que explicativa. No obstante, y a pesar de las connotaciones que el término *economía de plan* pueda tener en español, en francés nombra a la planificación que se realiza en Francia (Comisariado General del plan). En el campo académico ha habido otras varias maneras de referirse a la forma del capitalismo japonés de posguerra. Chalmers Jonson (1982) habló de “estado desarrollista”; Pempel (2000) lo llama “régimen”; Karen van Wolferen, con un criterio más político que económico, habla de “sistema”; otros hablan simplemente de capitalismo japonés; algunos no ven diferencia con otros países y sólo encuentran falta de desarrollo de algunas instituciones como en el estilo de la teoría de la modernización; otros simplemente ven diferencias de políticas económicas con otros países; Williams habla de una característica: nacionalismo económico; Jerome Bourdieu habla de “modelo renano” para el sistema financiero de Alemania y Japón. Tratar la cuestión llevaría tomos, pero basta acá señalar que recogemos principalmente las ideas de *estado desarrollista*, de *economía planificada* como la de *nacionalismo económico*, y de *coalición social* (más que el poco claro concepto de *régimen* en Pempel) para indicar que hay un núcleo problemático en relación con un modelo diferente de funcionamiento del capitalismo que en algunos sectores y épocas sólo se puede explicar por racionalidades diferentes a las clásicas.²

Junto con la inédita disolución de la nobleza, Japón es el único país no occidental que se propuso y logró hacer su proceso de industrialización en forma autónoma en el siglo XIX y uno de los muy pocos en no haber caído bajo el dominio de alguna de las potencias de la época –a pesar de los tratados desiguales que se le impusieron. Más llamativo se hace el caso cuando se tiene en cuenta que entró a esa palestra en medio de la segunda revolución industrial sin la infraestructura de los conocimientos acumulados por los europeos desde el siglo XVII (fuera de alguno muy elemental de anatomía y de electricidad estática), sin previo conocimiento

2. Antes de la guerra se discutió si lo que había habido en Meiji era una revolución o no, hasta qué punto era una revolución burguesa.

del cero matemático, y con un muy limitado manejo de lenguas occidentales por unos pocos como medio de comunicación con el mundo cultural europeo. Japón es el único país no euro-americano en haber alcanzado el estatuto de potencia en la primera mitad del siglo XX y también en haber vencido a una potencia militar europea (1905), y en haber disputado poder a las demás potencias. Por lo demás, es el único en haber atacado a los EEUU en la primera mitad del siglo XX³. Todo eso sería de por sí suficiente para plantearle al sentido común político y económico algunos *¿cómo fue que...?*

Tras la Segunda Guerra mundial pero ya sin competir por tener el lugar de potencia política y militar que tenía antes de 1945, y bajo adherencia a la hegemonía político militar de EEUU, Japón se concentró en aprovechar los cambios y las coyunturas de la economía capitalista mundial, incluyendo el lugar que la alianza con EEUU le reservaba en Asia oriental, al amparo de la Guerra Fría y del Tratado de Seguridad de 1951 hecho poco después del Tratado de Paz de San Francisco, por el que volvió a ganar la independencia tras la Ocupación. Esa concentración en el desarrollo económico aprovechando el paraguas militar estadounidense es lo que ha sido llamado el *principio de la economía primero* que, desde una perspectiva diferente pero con sentido coincidentemente, en Japón se conoce como “doctrina Yoshida”. Es decir, poner todo énfasis en el crecimiento económico autónomo sostenido con industrialización diversificada, con gasto militar mínimo.

En su evolución de país devastado por la guerra a superpotencia económica sólo aventajada por los EEUU, cabe reconocer rasgos de continuidad como principios directores de la economía nacional, particularmente en la formación de capital, que pueden ser rastreados hasta la primera industrialización de Japón en la época Meiji (1868-1912). Dentro de ellos se puede mencionar la baja participación de capital extranjero, el desarrollo de industrias de base, la intervención del Estado en la economía, la búsqueda de autonomía tecnológica.

Visto desde Argentina, se observa que el tipo de propuestas de crecimiento y desarrollo que en nuestro país sólo se ha podido oír alguna vez de parte de economistas críticos, en Japón fue el asumido por un dirigente notoriamente conservador. Para entender las bases de cómo eso tuvo lugar, convendría dejar de lado el popularizado libro de Morishima y revisar autores de los años sesenta y primera mitad de los setenta: Schvarzer, Jéquier (obra notable para su momento pero de poca trascendencia, escrita por la época milagrera de Herman Kahn, 1970), Nakamura (en español); también la clara explicación de historia económica de Cukierman de

3. Se hace necesario aclarar que la reiteración de la palabra “único” se hace acá para dar énfasis a fin de ser breve, sin adherencia a variante alguna de la *nihonjinron* (la teoría de que los japoneses son gente única en su estructura psíquica, física y por ende la cultura japonesa es algo único e inaprensible por el resto del mundo).

1962; Shinohara y Ozawa fueron clásicos que la ciencia dominante pronto quiso olvidar; Okita también es útil para entender diferencias con los países subdesarrollados. Aunque autor de diversas monografías durante décadas, Tsuru Shigeto por fin publicó en 1993, en un tomo, su visión actualizada del capitalismo japonés.

Una estricta lógica de exposición del asunto abordado en este trabajo indicaría revisar lo que hace a la comprensión de Japón en nuestro país en forma paralela a las referencias a las interpretaciones occidentales dominantes. Pero dadas la especificidad de la situación local y las particularidades de lo que en nuestro país se sabe de Japón, parece mejor considerar esta cuestión en un bloque. Es necesario empezar despejando el entramado de varias capas de *ideas* y supuestos por su propio carácter fantástico, pero sobre todo porque asumidos como están impiden la comprensión de las explicaciones que no entran en los registros teóricos y epistemológicos habituales del imaginario de las ciencias sociales en nuestro país (si no se hiciera ese despojamiento se estaría echando vino nuevo en odres viejos). Es esa trama la que permite la creación –como efectivamente ocurre– de un Japón a la medida del sentido común argentino. A modo de índice muy general, cabría señalar que el sentido común respecto de Japón coagula en el cruce de: a) las imágenes “occidentales” –es decir, *orientalistas*– del corte exotista más tradicional; b) la idea instalada en los años noventa de que en todo el mundo pasan las mismas cosas (asentada sobre el simplismo de pretender que con el mero establecer que en otra parte del mundo se registra algún fenómeno social habitual acá, ya se sabe qué pasa allá, sin preguntarse por la amplitud, profundidad o alcance del fenómeno referido); c) la sencilla falta de información y, como cuestión principal que es necesario remarcar, d) el desconocimiento de la importancia que tiene en Japón, como ha quedado claro desde la época Meiji (1868-1912), la cuestión de la independencia nacional o, en todo caso, estar bajo el menor grado de dependencia posible respecto de otro país, muy especialmente en el campo económico. Esta cuestión, de relativamente poca importancia a lo largo de la historia argentina, y de valor nulo en el repertorio conceptual de las ciencias sociales en nuestro país, es precisamente la que permite entender la racionalidad de las elecciones históricas hechas por los dirigentes japoneses en momentos claves de su historia.

Las estructuras del poder económico y político internacional, reforzadas por las particulares estructuras locales, tienen reflejo en las explicaciones que en los países americanos se dan acerca de Asia y de Japón y, más aún, tienen poderoso reflejo en los presupuestos teóricos en los que esas explicaciones se inscriben. Esto no ocurre sin que las condiciones de cada uno de estos países den lugar a productos explicativos propios, sea como variantes del pensamiento dominante o como invenciones locales que, en realidad, nada dicen de Japón aunque pretendan hablar de él, si no que traducen las fantasías del sector de intereses que las fabrica acá, pero que son hábilmente introducidos en el mercado nacional de ideas como características

de Japón archisabidas en el resto del mundo. Tal es el caso de lo que en Argentina se denomina “huelga a la japonesa”, una proyección del deseo del sector de poder intelectual que la engendró pero que –sobre todo– por astucia de enunciado permite reducir la diferencia entre las economías japonesa y argentina a unas distintas actitudes de la mano de obra aquí y allá, con lo cual se deja en cono de sombra, para no ser tratada como problema, la diferente actitud y el comportamiento –racionalidad y proyecto de país– del empresariado y la dirigencia de cada uno de los dos países. De esa forma se evita abordar, en primer lugar, la diferencia de políticas económicas y, más allá, el problema del modelo de desarrollo del capitalismo japonés. No es que en Argentina no haya habido ningún conocimiento de Japón. Por el contrario, llama la atención –y no podría ser de otro modo– que en 1973, varios años antes que obras ya clásicas en el mundo que marcaron hitos en la producción académica estadounidense, intentaran abordar el asunto de qué es el capitalismo japonés. Jorge Schvarzer publicó un pequeño libro titulado *El modelo japonés*, como compilación estructurada de artículos escritos antes. El autor no es un especialista en economía o historia japonesa, pero la pertinencia de los datos presentados, tanto históricos como contemporáneos, y el rigor de las observaciones son ejemplares. Es claro que hace tres décadas, como ahora, la circulación de disparates no tiene que ver con la disponibilidad de información; por eso tiene más mérito la temprana reflexión de Schvarzer acerca de un modelo japonés.

Fantasías como la de la “huelga a la japonesa” –y las aberrantes interpretaciones de la sociedad japonesa que se derivan– pueden ser dominantes no sólo porque provienen de intereses dominantes en la sociedad argentina sino porque tienen, además, la capacidad de sobreimponerse en teorías y posturas que se dicen críticas del poder y del pensamiento dominante. Los progenitores de la noción de “huelga a la japonesa” la presentan como hecho empírico comprobable –lo que es parte de su sabiduría de poder– y dan la impresión de adjudicarla a la idiosincrasia japonesa. Pero es dramático que la falaz figura ha recibido en nuestro país interpretación marxista (sic): un medio de la lucha de clases practicado por el proletariado japonés para generar sobreproducción y con ello agudizar las contradicciones (sic). Es decir, la vigilancia epistemológica ha radicado nada más –nada menos– que en cambiar la interpretación del supuesto fenómeno, tomándolo como un dato de la realidad en estilo positivista sin haber dudado de su veracidad. De esta forma, la *verosimilitud* de un producto orientalista fabricado según las necesidades del conservadurismo neoliberal local suple a la vigilancia epistemológica elemental, una actitud epistemológica a la que las ciencias sociales argentinas –demasiado a menudo– no se permiten descender dedicadas como están a la práctica del *vuelo teórico* (categoría ésta que goza del máximo prestigio)⁴. Recaudos que el pensa-

4. Tal desprecio por los datos empíricos se remonta décadas atrás al desprecio por los estudios técnicos

miento crítico en general suele tomar ante especies difundidas por el pensamiento conservador cuando el objeto es América latina, desaparecen cuando el asunto concierne a Japón o China.

La corriente de pensamiento conservador en Argentina suele disimular su desconocimiento del mundo y de Japón –por supuesto– haciendo elaboraciones simplistas acerca de la globalización y con lecturas de *Foreign Policy*. Pero esa pobreza intelectual tiene inscripción política: puesto que el proyecto conservador es gerenciar la permanente renovación de la deuda externa como modo de sustento del país, no hay interés en que haya conocimiento válido acerca de una experiencia histórica de industrialización amplia con permanente nueva agregación de valor a la producción, como la de Japón. Allí está la raíz gnoseológica de la visión simplista del mundo, que es casada con el recurso a destacar de la cultura diferente como justificación de las diferencias: es necesario creer que hay una diferencia inefable e insalvable con los japoneses, que “ellos tienen otra cultura”, que “no podemos hacer como ellos”, llegando incluso a pretender que la diferencia cultural impide vender vino argentino en Japón –sin preguntarse cómo es que los franceses, los chilenos y otros pueden hacerlo.⁵

Es así que, si en Occidente las ciencias sociales tienen un hueco con la forma de Japón (Williams, 1991), en Argentina el agujero es dramáticamente profundo. Llama la atención que el hecho de oír decir que Japón es el único caso histórico en que una clase social (la nobleza feudal) se haya liquidado a sí misma para dar paso a otro tipo de sociedad (la capitalista) con el propósito principal de no caer

en la Argentina de los abogados y los estancieros, pero también tiene que ver con la matriz soviética de conocimiento que dejó como saldo un listado de modos de producción y de formas de desarrollo del capitalismo en los cuales el caso de Japón no entra, como tampoco el de la construcción del capitalismo en China hoy; sin descontar el importante saldo de aprehensión eurocéntrica hacia China y Asia, excepto para los aliados de la URSS, que dejó en la izquierda argentina la matriz soviética de pensamiento y de comportamiento que manda al *gulag* de la ignorancia lo que no le conviene. Es de lamentar, asimismo, que esa corriente no sepa de la calidad de los estudios sobre Japón en la URSS, entendible esto por la vecindad –se podría decir– pero también en Checoslovaquia, donde ya en los años cincuenta y sesenta se podían cursar estudios de calidad admirable sobre Japón, aun en el nivel de grado. No está de más recordar que el ahora presidente Vladimir Putin ha sido un buen judoka. Por otro lado, más acá, en Córdoba es ampliamente desconocido que el primer mercado de las exportaciones de la provincia es Asia, principalmente China; es decir, quien en gran parte mantiene económicamente activos campo y ciudad.

5. Por la misma época, mientras Roland Barthes miraba a Tokyo como la segunda ciudad en importancia en los tiempos modernos, en Argentina de manera espléndida sólo se conocía la existencia de la geisha, el samurai, la ikebana y –por lo menos– el cine de Kurosawa Akira. Todavía una década atrás, con la misma esplendidez una tal Vlady Kociancich declaraba que no entendía cómo le daban el premio Nobel de literatura a un escritor desconocido –para ella– como Oe Kenzaburo, prefiriendo el decano de la prensa argentina (sic) publicar eso. El *sushi* llegó a Argentina 20 años después de que se pusiera de moda en EEUU, y unos 45 años después de que Jack Kerouac se interesara en él.

en dependencia extranjera, produce estupor y gestos de desconfianza en los medios progresistas por temor a que todo eso ponga en entredicho algún credo de la historia, mientras por otra parte se acepta la ensoñación conceptual de la “huelga a la japonesa”. Se la trate de explicar por la agudización de contradicciones o por el budismo *zen*, cualquiera de estos tipos de argumentos no son más que dos caras de una misma moneda: ignorancia de la realidad empírica y del funcionamiento de la segunda economía industrial del mundo, cuyo proceso de industrialización constituye –por si eso fuera poco– una experiencia paradigmática de la historia. Dentro de lo publicado en español, y que se distribuye en librerías del país como intento de revisar las explicaciones occidentales acerca de Japón, hay dos obras que merecen mención: el libro de Alberto Silva, *La invención de Japón*, y el de Renato Ortiz, *Lo próximo y lo distante, Japón y la modernidad mundo*. Desde la antropología uno, desde la sociología el otro, ambos tratan de revisar y criticar las teorías en circulación en la academia euro-norteamericana acerca de Japón. Más libre la obra de Silva, más sistemática la de Ortiz. Este sociólogo brasileño de arrastre en Argentina, no obstante, debería ser leído teniendo en cuenta que a pesar de su formación y de su gran oficio (experiencia) como sociólogo presenta el problema de base de muchos productos de las ciencias sociales sudamericanas, es decir reemplazar el desconocimiento de lo real por una gran exhibición teórica. Su seguridad teórica, como ocurre con el concepto clave que usa para reemplazar la historia de Japón, *modernización*, termina produciendo una buena crítica de otras teorías pero sin haber por lo menos revisado los discutibles supuestos de que parte, de modo que Japón aparece como un mero avatar de la historia que *ya se sabe*. Ortiz recurre a esa noción de cara a la matriz weberiano-funcionalista sin conocer la historia de Japón y, sobre todo, sin reflexionar acerca de su uso para ese caso; en cambio, resume de manera impecable todas las teorías en boga acerca de Japón con un gran registro bibliográfico. Más aún, llama la atención que, habiendo estudiado en Francia, Ortiz se valga tan poco –nada en realidad– de los grandes especialistas franceses en historia, cultura, y política japonesas, algunos de los cuales tienen –además– experiencia política.

El contenido de este trabajo se desarrolla sobre tres puntos. Uno es el de las interpretaciones del desarrollo económico de posguerra de Japón hecho en los años setenta y ochenta; en segundo término, algunos cambios a partir de los años setenta, más definidos en los ochenta, en la economía japonesa y en la relación de ésta con EEUU; y en tercer lugar, la modificación de la alianza de seguridad nipo-norteamericana ocurrida a mediados de los años noventa.

En la exposición se procura hacer referencia en todo lo posible a bibliografía en español, y en su defecto en idioma inglés y francés.

Siguiendo la forma original, los nombres japoneses indican primero el apellido y después el nombre.

II. Desarrollo

Desde mediados de los años cincuenta, o desde 1960 según algunos, hasta comienzos de los años setenta, Japón creció aceleradamente. Para principios de los setenta en los círculos de poder de todo el mundo y en la prensa se tomaba conciencia de lo que, a imitación del apelativo aplicado al caso alemán, se llamó “milagro japonés”, pero de manera más realista en Japón se llama “rápido desarrollo económico”.

En 1972 la inversión japonesa en el exterior fue mayor que la suma de toda la inversión realizada desde 1951 hasta entonces. Tales eran los excedentes de capital, por eso es erróneo el argumento reiterado a lo largo de los años setenta y ochenta en toda conferencia pública de que Japón había debido transformarse a causa de las crisis del petróleo, ya que desde mediados de los sesenta Japón había ido quitando peso a las industrias intensivas en mano de obra y recursos naturales –lo que, en cuanto a este continente concierne, afectó a sus relaciones con América Latina. El mismo año de la primera crisis del petróleo fue muy preocupante para Japón, algo acerca de lo que se hace rara mención precisamente porque “de eso no se habla”, es decir, el embargo de granos de soja que hizo EEUU en 1973 y que planteó dudas en Japón acerca de la pérdida de su autosuficiencia alimenticia –lo que en cuanto a América Latina concierne, por el contrario, favoreció la inversión agropecuaria japonesa en Brasil.

Se puede observar que el interés político-intelectual de EEUU por Japón no parecía totalmente definido en los primeros años setenta. Largo tiempo se guardó memoria en Japón del secretismo de Nixon para entablar relaciones con China. Y sin embargo la ambigua situación de Japón entre las potencias se afianzaba rápidamente en dirección del reconocimiento como tal. Es así que en 1972 se había recibido en Japón una sorpresiva invitación a las reuniones de formación y a integrar la Comisión Trilateral⁶. Entre ese momento y el fin de la década del setenta, dos obras se hicieron famosas tratando de explicar qué había pasado: las de Patrick y Rosovsky de 1976, y de Ezra Vogel de 1979. En los sesenta, antes de esa obra, Vogel había publicado una sobre la organización japonesa moderna y la toma de decisiones. Aunque hombre de Harvard, Vogel abunda en trazos pintoresquistas y humor estilo Thomas de Quincey, lo que contribuyó a convertir el libro en un *best-seller*. En realidad, ese humorismo era la forma en la que la ciencia oficial estadounidense podía dar cuenta de su asombro y hacer digerible el reconocimiento del papel del Estado en la economía japonesa, cuestión que antes Patrick y Rosovsky habían relativizado consecuentemente. A pesar de su título, la obra compilada por

6. La Trilateral es una organización que, más allá de su limitada trascendencia en hechos políticos, es un símbolo de la reflexión sobre el poder en el siglo XX.

estos dos autores es una gran colección de monografías bien escritas con sólido respaldo de datos y casos, pero que de hecho constituyó el ejercicio maestro con que se ponía fin a la simplista, agotada teoría de la modernización. Lo que se negaba por principio teórico-político era, además, lo que para entonces comenzaba a ser problemáticamente evidente acerca del crecimiento japonés. En general, por entonces, la actuación intervencionista del Estado no era anatema, pero la forma que tomaba en Japón superaba lo que la ciencia económica oficial estadounidense podía aceptar. Japón era otra forma exitosa de capitalismo, por fuera del esquema canónico, en la que el papel del Estado japonés ponía en evidencia algo que no era mera cuestión de técnica de gestión económica⁷. Por eso el *componente de éxito* del caso Japón podía ser aprovechado en beneficio de la propaganda del sistema capitalista en su conjunto –algo alicaído por la derrota de EEUU en Vietnam y crisis petrolera mediante–, pero las razones de economía política capaces de explicar ese éxito debían ser negadas o diluidas y para eso eran tan válidos los tecnicismos económicos y la casuística como el humor elegante.

Johnson se hizo famoso con su obra sobre el MITI de 1982, pero lo cierto es que venía publicando desde 1974; primero artículos, y también un libro en 1978. En ese libro, Johnson reconoce los méritos de un trabajo con el que tiene alguna disidencia pero al que toma y sigue, *Modernization of Japan and Russia* de Cyril E. Black y equipo, de 1975. Ese año fue publicado también el *Survey* de Japón de Andrea Boltho, en el que hay comparación con la URSS. El libro de 1978 de Johnson no sólo toma expresamente como guía a Black sino que al comienzo señala que había leído a Boltho. Está claro cuál es el interés. El tema, parte fundamental de lo que va a definir las obras de Johnson de los años ochenta, es en 1978 las compañías de políticas públicas de Japón. En cierta forma este libro es al estudio de la función de las finanzas fiscales de Japón lo que el de 1982 será al estudio del Ministerio de Comercio Exterior e Industria. Parece importante correlacionar y agrupar las fechas. Y aquí es de remarcar el hecho de que el interés por la economía japonesa, concentrado entre mediados y fines de los setenta, no era una preocupación sólo de académicos: el libro de Johnson de 1978 (terminado un año antes) fue

7. A pesar de que el mundo fue oficialmente dividido en mundo libre y comunismo, el fantasma del nacionalismo sobrevoló desde el comienzo mismo de la *pax americana*. Cualquiera fuera su forma, el fenómeno del nacionalismo ya antes de la Guerra se había mostrado como una amenaza a la hegemonía de una potencia, y en las tres décadas de posguerra había aparecido más de una vez, centrado en el Estado, como desafiante al poder económico y político de EEUU. No se podría entender el mundo hasta fines de los sesenta, ni siquiera China o Vietnam, a base de poner los datos en el esquema único de la Guerra Fría. Nacionalismo económico y lugar central del Estado en el desarrollo constituían un par en el que, a menudo, uno mentaba al otro. De ahí que, aunque no estuviera en cuestión la lealtad de Japón a la alianza con EEUU, mostrar la forma de su crecimiento no hubiera dejado de evocar nacionalismo ni de, al mismo tiempo, mostrar una vía capitalista exitosa por fuera del canon ni tampoco de contradecir la armada ingenuidad de la teoría de la modernización.

publicado por el American Enterprise Institute, la Hoover Institution y Stanford, es decir, la flor y nata de las instituciones del poder económico y político conservador en EEUU. En los años setenta se conjugan el nuevo estatus de Japón como potencia económica, las fricciones comerciales con EEUU, el descubrimiento e interés intelectual sistemático por Japón en EEUU y la redefinición de la relación de seguridad entre ambos países.

Como se dijo arriba, todos los elementos estaban claros en los años sesenta y setenta, incluidos planteos impecables de historia económica, estudios sobre la planificación y hasta desde un lugar tan lejano como Argentina se había podido ver un modelo allí. Pero para que una visión sistemática y académicamente reconocida de Japón tomara fuerza, hacía falta dos cosas: poner los datos en un modelo que destacara la relación Estado-empresa y el papel del Estado en la formación de capital, y que ese modelo apareciera en el momento en que su valor explicativo tuviera gran demanda en el país adecuado –cabe agregar. Esos dos, o tres requisitos fueron llenados por la hoy clásica obra sobre el MITI (el entonces Ministerio de Comercio Exterior e Industria de Japón, hoy el METI) de Chalmers Johnson de 1982 y su concepto de “Estado desarrollista”. Las líneas de investigación de la modernización y del *decision making*, aunque seguían teniendo muchos adherentes, dejaban expuesta su inutilidad. La anterior referencia a la cuestión de tiempo y lugar de su aparición no podría restar mérito a la solidez de la investigación de Johnson. Al margen de sus méritos, el libro sobre el MITI dio lugar, por otro lado, a que en EEUU se centraran en ese ministerio japonés todas las críticas y se lo viera como causa de todos los males de la economía estadounidense, comentarios que, al mismo tiempo, eran habilidosamente presentados para consumo del otro lado del Pacífico como problemas de los japoneses.

Pero el interés estadounidense por entender al capitalismo japonés y por encontrar explicaciones políticamente aceptables no quedaba allí. Lo relacionado con las cuestiones mutuas de seguridad tomaban un curso propio, que era sin embargo complementario de la revalorización que se hacía de la posición económica japonesa. En 1978 se acordaron las primeras *Guías de cooperación para la defensa*. En medio de la Guerra Fría éstas aparecían más bien como un desarrollo propio de esa disputa; y como –a diferencia de lo que ocurriría con el clima de las nuevas *Guías* de los años noventa– todavía Japón no aparecía con la estatura que se le adjudicó una década después, el establecimiento de las *Guías* de 1978 podía aparecer como separado de las relaciones económicas y de la visión que se tenía de Japón –si bien no se dejaba de recordar el acuerdo básico de economía primero a cambio de protección del paraguas de defensa norteamericano. Es necesario remarcar también que, y a diferencia de lo que sucedería en los años noventa, para el momento de las *Guías* de 1978 no había habido previa duda acerca del interés de Japón en continuar con la alianza, ni tampoco se procuraba cambiar su modelo;

sólo se buscaba entenderlo, explicar los repentinamente descubiertos “riqueza y éxito” de Japón, y resolver las fricciones comerciales. Claro está que entonces no se había comprendido –al menos del todo– la relación estructural entre las causas de las fricciones y el modelo japonés.

En 1978 se acordó, además, que Japón se hiciera cargo de parte de los costos de mantenimiento de las bases norteamericanas en el país. En ese entonces, en principio, fueron algunos millones de dólares para los sueldos del personal civil japonés. Hoy llega a varios miles de millones de dólares, corriendo Japón con casi todos los gastos, fuera de los sueldos del personal militar norteamericano y las armas.

1981 fue un año rico en las relaciones Japón-EEUU. Ese año Suzuki Senko inició una reforma administrativa para contentar a los EEUU pero sobre todo para limitar la creciente deuda fiscal de Japón, melodía celeste para el gobierno neoliberal de Reagan. No obstante, lo importante en la cuestión de seguridad es que de la conferencia Suzuki-Reagan de 1981 surgió la denominación de “alianza” a la relación de ambos países. El acrecido estatuto económico de Japón iba de la mano con una reforzada relación de seguridad y con un nuevo nombre para la relación que mantenía con EEUU. Poco después, Suzuki hizo saber públicamente que Japón podría hacerse cargo de la seguridad de las rutas marítimas hasta mil millas náuticas. Eso generó debates académicos y de prensa que duraron algunos años, ya que significaba la posibilidad de algún compromiso militar lejos de las costas de Japón.

Pero en realidad, las *Guías* de 1978 constituyen el primer ajuste al Tratado de 1960 y la primera gran muestra del principio de *incrementalismo* en el manejo de las relaciones bilaterales de seguridad⁸. De hecho, esas *Guías* preveían la realización de una serie de estudios conjuntos que fueron hechos a lo largo de los años ochenta, sin duda porque demandaban tiempo pero también porque en 1960 se había aprendido que no dando términos claros a los acuerdos y haciendo derivar de ellos –una tras otra– pequeñas definiciones parciales, se evitaba hacer en un

8. No obstante, a pesar de toda la novedad, como muchas otras veces en las relaciones EEUU-Japón, se podían encontrar antecedentes de modificaciones a los términos del presupuesto de concentración en la economía y alianza con EEUU a cambio del paraguas militar norteamericano. El Tratado de Seguridad nipo-norteamericano de 1960, que reemplazó al de 1951, además de allí declarar EEUU su compromiso con la defensa de Japón, le reconocía a EEUU el uso de las bases militares en Japón para la seguridad del “Extremo oriente” área que, convenientemente como muchos puntos de los acuerdo de EEUU y Japón de ahí en más, estaba sin definir. Quedó al entonces primer ministro, Kishi Nobusuke, decir qué comprendía esa denominación, cosa que hizo señalando un límite claro al norte de las Filipinas y al este de las Islas Quemoy, pero de forma muy ambigua en lo que concernía a las cercanías de China, y a Corea. El comunicado Sato-Nixon de 1969 decía que la seguridad de Corea del Sur era esencial para la propia de Japón, que la paz y seguridad de Taiwán eran también un factor importante para la seguridad de Japón, y que la devolución de Okinawa (1972) no afectaría la capacidad operativa de EEUU en Vietnam.

documento –una o varias– grandes y claras definiciones, con el fin de no dar lugar a que hubiera habido algo establecido a lo que la población japonesa se pudiera oponer, como había ocurrido en los años cincuenta respecto del Tratado de 1951. Es así que la declaración de Suzuki, que fue vista con asombro, era en realidad parte de lo esperable según el *incrementalismo* previsto en las *Guías* de tres años antes. Las *Guías* también preveían definir –cosa que se hizo años después– el término “alrededor” (*shuhen*) sobre el que las tropas japonesas repelerían un posible ataque a Japón hasta que intervinieran las fuerzas de EEUU. Igualmente ambigua era la noción de que habría cooperación en caso de que hubiera “situaciones” en el Lejano oriente.

Es de notar que esto fuera en medio de dos olas de gran interés por la economía de Japón; que hayan tenido lugar los establecimientos de las dos *Guías*, la de 1978 y la de 1997.

La política de reforma administrativa anunciada en Japón en 1981 tenía como fin primero limitar el endeudamiento del Estado japonés que había crecido marcadamente desde 1974, ligado al gran aumento de obras públicas: por efecto del poder logrado por Tanaka Kakuei, según dicen los más dispuestos a ver los hechos políticos, y por modificación en las formas de la intervención del Estado dentro del capitalismo japonés en la década de los sesenta, según dicen quienes analizan el fenómeno.

La reforma administrativa de 1981-1983 se convirtió en un tema internacional, porque además de ser del gusto reaganiano lo era de toda la corriente neoliberal en ascenso. En traducción al español, está el optimista informe francés hecho por Crozier y su equipo. Una década y media después, la compilación de Carlile y Tilton dio una perspectiva más balanceada sobre sus resultados y acerca de su origen: no tanto como aplicación de principios *sanos* de administración, sino como ligada a las necesidades de la economía japonesa y a la presión estadounidense. Fue en ese marco que en 1982 apareció el libro de Johnson sobre MITI mencionado arriba.

Debido al balance de fuerzas intrapartidarias del PLD y al aprovechamiento de la imagen positiva que inesperadamente le había dado la reforma administrativa, en 1982 fue elegido primer ministro Yasuhiro Nakasone, político conservador nostálgico de la guerra y partidario de estrechar relaciones militares con EEUU, así como de reformar la constitución pacifista de Japón. La publicitada relación *Ron-Yasu* (de tuteo con Reagan) y las privatizaciones que impulsó (ferrocarriles, teléfonos, tabaco y sal) le cultivaron al principio una buena imagen en EEUU, que él aprovechó para su imagen interna. En Nakasone se pueden ver elementos antecedentes de Koizumi, incluido el manejo político de la vestimenta y la apariencia personal, salvo lo de la nostalgia por la guerra.

En tanto, en EEUU si bien el *glamour* del matrimonio Reagan –así se decía– y

la emisión de bonos le hacían creer al mundo otra cosa, los problemas socioeconómicos no dejaban de crecer. Pero en Japón nadie se engañaba acerca de eso; los dirigentes japoneses eran concientes de cuál había pasado a ser la posición de Japón respecto de la economía de EEUU como comprador de bonos del Tesoro norteamericano y cuál había pasado a ser su lugar en la estabilidad del sistema capitalista: a cada reclamo acerca del superávit japonés se contestaba que los males de EEUU estaban en su economía.

Aunque con tasas menores a las de la época del rápido crecimiento, la industria japonesa crecía movida por la revolución microelectrónica iniciada en 1975-1976, poniendo nuevos y mejores productos en los mercados del mundo.

Para mejorar su posición frente a Japón, Reagan recurrió en 1983 a la política de acuerdos sectoriales bilaterales en lo comercial y a presionar para la liberalización del mercado japonés de capitales. Pero a poco de haber logrado algo y pesar de las intenciones de Reagan, la posición japonesa quedó reforzada tras la revaluación del yen posterior a los Acuerdos Plaza de 1985. La prensa estadounidense adjudicaba todas las culpas de los problemas económico-sociales de su país al déficit con Japón, aumentando la presión del gobierno norteamericano, y tras el escándalo Toshiba (en 1986, por la venta de material de alta tecnología a la URSS) cobró impulso el *Japan bashing*. El gobierno japonés trató de calmar el clima con los muy renombrados -fuera de Japón- informes Maekawa de 1986-1987; en ellos la comisión encargada de elaborarlos dejaba en claro que el superávit japonés no era sólo por vender mucho y barato por buenas o malas artes sino que hacía al lugar estructural del ahorro y de otros aspectos de la sociedad y la economía japonesas. Entretanto, en lugar de encarecer los productos japoneses, los acuerdos Plaza habían impulsado una racionalización de los procesos de producción que abarató costos y mejoró su calidad, haciéndolos más competitivos (como ya había pasado en los años setenta a consecuencia de la crisis petrolera). En lo que no se podía bajar costos la industria japonesa procedió a trasladar la producción a países del este y sudeste de Asia. En paralelo con eso, pero de mayor importancia, los productos de la tecnología japonesa más avanzada pasaban a ser parte de la fabricación de armamento norteamericano, y esto se convertía en un dato principal de las relaciones de ambos países, de modo que se ligaban las economías y las relaciones de seguridad de los dos países en un nivel superior al de la mera concentración en la economía a cambio de dependencia del paraguas de seguridad norteamericano. Los informes Maekawa fueron vistos por muchos norteamericanos como el comienzo de un cambio, pero para los funcionarios japoneses en realidad no pasaban de una explicación. No obstante, sirvieron para afianzar en la parte norteamericana la idea de la necesidad de provocar un cambio "estructural" en Japón.

Tal cambio era lo que perseguía la *Iniciativa sobre impedimentos estructurales* (SII en sigla inglesa) que lanzó el gobierno de Bush padre en 1989. Por entonces era

habitual el clamor estadounidense contra la “arrogancia japonesa” y hasta había ciertos indicios de que en algunos sectores de Japón se alimentaba el sueño del fin de la hegemonía de EEUU. En ese clima aparecieron dos obras importantes en la historia de la literatura occidental sobre Japón. Una fue la de Chalmers Johnson (1989), que lo ubicó como cabeza –al menos por unos años– de la escuela llamada “revisionista”. Lo que antes se veía como un aprovechar las circunstancias ahora pasaba a ser visto como frío cálculo. Significaba un revisionismo frente a lo que era la postura del sector hasta entonces dominante en estudios de Japón en la academia estadounidense, favorable a todo lo japonés, cuyo decano era Edwin Reischauer. La otra obra es el clásico de K. van Wolferen, publicado en Inglaterra, que trata de explicar el *enigma* japonés. Lo que había sido trabajado por Johnson como *modelo*, con la aridez propia de lo académico, aparecía en K. van Wolferen vívidamente presentado en lo cotidiano, como contado –podría decirse–, sacando el autor todo el provecho de su experiencia y de su oficio periodístico. K. van Wolferen pasó a ser un referente en Estados Unidos y Europa; y oído también en Japón, para ver cuánto sabía el extranjero. El holandés presenta la teoría del amesetamiento, una pirámide de poder sin vértice, para entender el poder y la política en Japón.

Si bien todavía en 1988 Clyde Prestowitz Jr. ponía el acento en el MITI, las respuestas de los funcionarios japoneses a los reclamos norteamericanos partir de los informes Maekawa y las *revelaciones* de van Wolferen hicieron tomar conciencia a muchos empresarios y funcionarios estadounidenses de que era el Ministerio de Hacienda de Japón el que asignaba los fondos para los programas llevados a cabo por otros ministerios, principalmente por el MITI. Con lo cual el principal objetivo a atacar por parte del funcionariado, la prensa y la academia del sistema norteamericano pasó a ser el Ministerio de Hacienda. Desde entonces las explicaciones sobre el *incorrecto* funcionamiento de la economía japonesa se centraron allí. El MITI fue quedando casi olvidado como blanco después de haber gozado de buena salud como centro de todas las explicaciones. Es que el sistema norteamericano, más que una explicación, lo que precisa es tener *un malo* en el argumento. (Así se había inventado el gran liderazgo del Emperador Showa [Hirohito] durante la guerra para poder tener un hombre malo por país en quien centrar la propaganda). En la prensa japonesa pasó a ser frecuente el comentario de que tras la caída de la URSS, Japón parecía haberse convertido en el malo que el sistema estadounidense precisaba para funcionar.

En 1989, además, posibilitada por la liberalización de capitales de 1993, tuvo lugar la primera muestra de lo que eran las economías norteamericana y japonesa enfrentadas en su funcionamiento en un hecho del nivel micro –pero que era paradigmático y se mostraba como *hecho económico total*. Fue el caso de la *adquisición hostil* de una compañía japonesa de cierta importancia, en el que se enfrentaron

el directorio y los accionistas de esa empresa con un conocido *corporate raider* norteamericano para impedir el acceso de este empresario aventurero adquirente al Consejo de Administración a pesar de tener el principal paquete accionario⁹. Se temía que ese fuera el inicio de un desembarco de capital y administradores norteamericanos en Japón. Por esa época, también los bancos extranjeros permitidos ofrecían a los pequeños ahorristas japoneses el tipo de nuevos “productos financieros” con los que siempre, como en el casino, termina ganado la banca, tal como lo experimentaron mucho pequeños ahorristas; para los pequeños accionistas y ahorristas todo eso aparecía como muestra de lo que en realidad podía traerles la economía globalizada, publicitadora de beneficios para el “consumidor” y el “accionista minoritario”¹⁰. 1989 fue el año más álgido de las fricciones comerciales y de los ataques políticos y teóricos estadounidenses contra la economía y la política japonesa.

Por otra parte, tanto o más que aumentar la exportación de productos norteamericanos a Japón, lo que la SII buscaba era captar –quedarse con, según el caso– los inmensos ahorros de la población japonesa, principalmente los depositados en la Caja de ahorro postal. Estando en auge en EEUU el negocio de los “productos financieros”, los financistas norteamericanos veían un bocado inigualable en la masa de 300 mil millones de dólares de la Caja Postal de Japón, el mayor fondo financiero del mundo. Y estaban, además, los depósitos de ahorro en los bancos comerciales japoneses. De ahí los reclamos norteamericanos de privatización de Correos de Japón y de apertura financiera que se presentaban como desinteresado reclamo por el sano funcionamiento de los principios de la economía de mercado y por el bien de los consumidores japoneses. En la visión norteamericana, además, que la población japonesa ahorrara menos podía impulsar el consumo, incluido el de productos norteamericanos –eso es verdad–, pero también se pensaba que al reducirse el ahorro japonés se reducirían los fondos de ahorros que se usaban como fuente para programas fiscales de obras públicas que al mismo tiempo sostenían el poder de los *zoku* (grupos de intereses): uno de los reclamos norteamericanos era –precisamente– poder entrar al gigantesco negocio de las obras públicas japonesas.

Por entonces la burbuja de la economía japonesa estaba en su mayor expansión.

-
9. El caso del intento especulador T. Boone Pickens, fue un caso claro de provocación para ver cuál era la capacidad japonesa de respuesta y para sentar precedente. El caso se convirtió en todo un símbolo: se buscaba probar la apertura al capital extranjero y la apertura a la nueva cultura empresarial del negocio de *take over* de empresas establecidas.
 10. Acerca de lo que se podía obtener invirtiendo en esos “productos financieros” que creaba la magia financiera estadounidense, llegó incluso a circular un *dictum* popular: “El que invierte un millón de yenes siempre pierde, el que invierte 10 millones a veces gana, y el que invierte más de 100 millones gana siempre”.

Mientras los acuerdos Plaza le habían dado un alto poder adquisitivo al yen, los crecientes beneficios les habían permitido a muchas empresas japonesas incrementar marcadamente la parte de su propio financiamiento directo, lo cual dejó a los bancos con grandes fondos disponibles que fueron, en consecuencia, canalizados hacia préstamos para el negocio inmobiliario y la construcción, la manera propia del modelo japonés de llevar a cabo el juego financiero, produciendo una inflación de precios tal que el pequeño territorio de Japón llegó a valer, a precio de mercado, más que todo el territorio de EEUU.

De esa época son las orgullosas expresiones japonesas acerca del fin de la hegemonía norteamericana –decían algunos–, o acerca de la posibilidad de *decirle que no* a EEUU –según algunos otros. El ministro de defensa de EEUU, *pour la galerie* pero no sin que hubiera preocupación, amenazó con quitar la protección militar norteamericana (Williams, 1994: 64). Pero, más allá de ese y otros *escenarios* planteados en EEUU, Japón y su economía eran ya demasiado importantes para la economía y la defensa de EEUU. Sólo quedaba seguir presionando más, y mayor fuerza tomaron las presiones habida cuenta de la incertidumbre que traía la caída del muro de Berlín. Esa práctica de presión y de resistencia según los medios de cada parte y según la oportunidad le permitió a EEUU arrancarle a Japón los 13.000 millones de dólares que financiaron la guerra del Golfo Pérsico en 1990. Sin embargo, el éxito comercial sólo parcial de la SII hizo que Clinton la diera oficialmente por terminada en el año 1993¹¹.

Clinton era temido en Japón porque se lo veía como más dispuesto a llegar a acuerdos con China sin consultar a Japón. De hecho, había llegado a la presidencia con algunas ideas acerca de Japón. Al mismo tiempo que buscó llegar a un acuerdo para llevar a cabo unas *negociaciones comprehensivas*, era partidario de un *comercio administrado* que el gobierno japonés rechazaba enfáticamente. Finalmente en 1995 hubo acuerdo sobre aprovisionamiento al Estado japonés, seguros y automóviles; a la parte japonesa no le quedaba más que ponerle números cuota a los acuerdos haciendo otras concesiones a cambio. Es que producido el estallido de la burbuja económica en 1991, la posición japonesa de negociación se había debilitado.

Tras el poco esperado fin de la burbuja, los emergentes obligaron en Japón a una racionalización de la capacidad existente y de la mano de obra en escala no conocida. El término “reestructuración” pasó a ser de uso cotidiano, significando principalmente el despido.

Otra diferencia de la situación en que se desenvolvían estas fricciones comer-

11. El fin de la SII había sido marcado, de hecho, por el patético desmayo y la caída de Bush padre en Tokyo en 1992, acaecido en el banquete de gala que ofreció el Emperador, en el que repentinamente cayó –literalmente, como en la expresión coloquial– “patas para arriba” al lado de la pareja imperial mientras era transmitido por televisión.

ciales en comparación con las de épocas anteriores era que EEUU había pasado a ser la única gran potencia y que este país estaba ahora imponiéndose tecnológicamente a Japón otra vez en el campo de la información. Internet y todo lo que la posibilita ganaba la batalla, si bien Japón conservó su posición en algunas áreas del *soft*.

Además Clinton le dio a su gestión un carácter imperial. Hizo que la primera reunión de mandatarios de los países de APEC, que era una iniciativa nipo-australiana, se realizara en territorio de EEUU con él como huésped, pero dejó de asistir a las siguientes conferencias de la organización¹². Clinton, además, buscó relativizar y hasta se opuso a cualquier propuesta japonesa de creación de organismos regionales asiáticos, buscando acotar en todo lo posible un liderazgo japonés, incluida su oposición a la creación de un Fondo monetario asiático tras la llamada crisis asiática de 1997.

Todo lo anterior sirve, a su vez, para entender el marco de la propuesta de redefinición de las relaciones de seguridad hecha en 1995, y que con la previa declaración oficial conjunta en Hashimoto-Clinton en 1996, permitió que se establecieran las nuevas *Guías de cooperación para la Defensa* en 1997.

Es necesario detenerse en este punto, porque aunque parezca apartarse del tema tratado es importante para entender la trama histórica que habitualmente es dejada de lado. De hecho, es precisamente ese “dejarla de lado” lo que permite que las polémicas de los últimos diez años acerca de las reformas en Japón aparezcan como mero asunto de diferencias de principios de política económica, de simple asunto de resistencia al cambio o de corrupción en el sistema político japonés. En las *Guías* de 1997 fueron –es verdad– una actualización, pero en grado superior de la línea de cooperación consagrada por las de 1978. Fueron también una parte principal del conjunto de iniciativas estadounidenses llevadas a cabo a mediados de los años noventa para dejar a Japón definitivamente ligado al esquema estadounidense de poder tras los devaneos de japoneses de apartamiento a principios de la década. Su gestación coincide, además, con las negociaciones comerciales que tuvieron una primera resolución en los acuerdos de 1995, mencionados anteriormente. (Johnson, 1996)

Si se intentara entender el origen de las nuevas *Guías* se encontrarían varios tipos de explicaciones. Procurando poner en línea los acontecimientos, se vería lo siguiente. En 1993, en EEUU se hace una revisión de la política de defensa. Después se prepara la *Revisión estratégica del Asia oriental*, terminada en febrero de 1995. Pero todos coinciden en ver el lazo entre las *Guías* y el informe Nye (Joseph Nye) encargado por el Pentágono a fines de 1994. Sin embargo, ahí se divide el

12. En lo que constituye otra muestra de lo que era su estilo, hizo ir a EEUU al candidato europeo a la OMC pero no lo recibió.

reconocimiento de la genealogía. Unos dicen que el informe Nye fue hecho por sugerencia de Japón, buscando dar amplia satisfacción a EEUU (a la política de Clinton hacia Japón) en el plano de la seguridad para poder negociar mejor la cuestión del *comercio administrado*. Si es así, la apuesta salió mal, por lo menos hasta 1998. Pero otra línea, quizás la correcta, sostiene que el informe Nye fue encargado por el Pentágono ante la preocupación por el informe Higuchi (Kotaro), que ponía la defensa multilateral antes que la cooperación Japón-EEUU para la defensa (Japan's Evolving Interests; Johnson, 1996). En 1995 se llevaron a cabo negociaciones conjuntas sobre defensa en base al informe Nye, mientras se elaboraba y aprobaba el *Esquema de programa nacional de defensa* que enfatizaba la relación bilateral en política de defensa. Allí se dice claramente que en caso de que aparezcan "situaciones" en "el área alrededor de Japón" se respondería de acuerdo con la Constitución. Esto era una novedad respecto de 1976; Togo da a entender que se temía por la situación en la península de Corea y que no había bases legales para la cooperación de ese tipo con EEUU (Togo, 2005: 80). En ese mismo año -1995- hubo el escándalo por la violación de una niña japonesa en Okinawa por dos soldados norteamericanos; no era la primera vez, pero el hecho ocurrió en ese momento particular y entonces tuvo más difusión. En 1996 se dio la declaración conjunta que anunciaba las nuevas *Guías* finalmente establecidas en 1997. Poco antes de la declaración y muy cercana a ella, se había hecho el *Acuerdo para adquisición de servicios mutuos* retomando un propósito: la interoperabilidad, que había sido parte de las *Guías* de 1978. Ahora la parte japonesa debía dar apoyo logístico a las tropas norteamericanas en entrenamientos, maniobras conjuntas, operaciones de mantenimiento de la paz y tareas humanitarias, comprendiendo combustibles, partes y componentes militares, además de alimento y ropa. Pero entonces, también, el punto pasaba a tomar lugar central, ya que si bien era una cuestión técnica, era para cumplir con él que las tropas japonesas pueden salir de Japón a lugares tan lejos como, sobre la base del aditamento de las leyes de 2001 y 2003, son el Océano Índico y más allá hasta Irak.

Todo el trámite despertó grandes polémicas en Japón. Las *Guías* fueron anunciadas con el propósito declarado de hacer una actualización técnica y operativa después de casi veinte años transcurridos desde las de 1978, que de hecho no eran tantos, porque los estudios derivados de esas *Guías* se llevaron a cabo a lo largo de los años ochenta. Es de destacar que estas nuevas *Guías* tuvieron, en realidad, un trámite de cinco años contando los dos posteriores al convenio de las guías propiamente dichas, hasta que en mayo de 1999 pudo ser aprobada la legislación japonesa que permitió hacerlas legalmente vigentes para Japón. Tal era la polémica y el fuerte rechazo de algunos sectores de la población. Mochizuki (1997: 15) sostiene que el Acuerdo levantó poca controversia debido a la situación interna e internacional. Es verdad que la situación era como él la caracteriza, pero si le llama

poca controversia a que no hubo manifestaciones callejeras tiene razón; en otro caso no, ya que hubo controversia sobre la *interoperabilidad* de las fuerzas de ambas partes; sin dejar de lado un dato base: que el Acuerdo apareció realizado como un hecho consumado.

La Ley concerniente a las medidas para asegurar la paz y la seguridad de Japón en situaciones alrededor de Japón de 1999 prescribe la participación japonesa más o menos en los términos de las *Guías*. De lo pedido por EEUU sólo se eliminó lo correspondiente a la inspección de barcos, lo que sí podría dar lugar a enfrentamientos armados y verdaderas situaciones de guerra para las tropas japonesas. Sin embargo, en 2001 fue aprobada la inspección de barcos no militares por mandato del Consejo de Seguridad. Ha habido, en realidad, una serie de leyes concernientes a la seguridad y la defensa desde 2001, de las cuales los dos grupos de leyes más importantes son: el de 2001, tras la invasión estadounidense a Afganistán, principalmente en relación con el reabastecimiento de combustible a barcos de guerra estadounidenses en el Océano Índico, lo que significó la afirmación del principio de ejercicio de defensa colectiva, muchas veces negado por el gobierno japonés; y el de 2003 en adelante, las aprobadas en relación con la invasión norteamericana a Irak, particularmente la de agosto de 2003 para el envío -con los fines humanitarios previstos- de tropas en 2004. Ese contingente de tropas fue retirado en 2006, pero desde entonces las Fuerzas Aéreas de Autodefensa han estado trasladando tropas norteamericanas de las bases de la península arábiga a Bagdad. Nada de eso está fuera de lo previsto por las nuevas *Guías*, o innova con respecto a ellas.

Los argumentos que se dan acerca de la preocupación que había por lo que fuera a resultar del enorme crecimiento de China en lo económico y en lo político militar son reales. Sin embargo, esto no significa que la relación con EEUU debía tomar necesariamente el curso que ha tomado; es decir, había una tendencia pero también hubo una política conciente. En 1998, Morihiro Hosokawa, ex miembro del PLD y ex primer ministro por la coalición de partidos que llegó al gobierno en 1993, publicó un artículo en *Foreign Affairs* en el que confirma su aprobación del lazo que une a Japón con EEUU pero también duda de la necesidad del mantenimiento de tropas norteamericanas en el nivel actual; critica las condiciones bajo las cuales siguen en Japón y, más aún, recomienda terminar con el apoyo financiero de Japón al estacionamiento de las tropas norteamericanas. Además, relativiza allí y en cierta forma niega el supuesto poderío militar chino de que se hablaba entonces.

Las *Guías* constituyen uno de los hitos principales de las relaciones de Japón con EEUU desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, no fueron vistas internacionalmente con la importancia que tienen, lo que es sin duda un éxito de sus gestores. La importancia radica en el documento en sí mismo, en el Acuerdo complementario previo y está también en todo el trámite que la acompa-

ño, incluyendo los cuidadosamente estudiados mecanismos para lograr establecerla –una *puesta en escena* para una *puesta en marcha*. Los dos años de discusión parlamentaria para la aprobación de las leyes japonesas correspondientes a las *Guías* son la medida de su importancia, y de las controversias y el rechazo que había.

Para una estimación del lugar histórico político de las nuevas *Guías* deben ser tenidos en cuenta varios elementos:

- Los dichos japoneses y la actitud tomada durante la época de la burbuja económica, con todo lo que eso parecía indicar como propósito de salir de la hegemonía estadounidense.
- El estallido de la burbuja y la relativa disminución de negociación que eso significaba, tanto en vista de lo anterior como por la seriedad de los problemas económicos que llevaban a la “reestructuración”.
- La embestida de Clinton respecto del comercio administrado.
- La resistencia japonesa a esa forma de manejar las fricciones económicas bilaterales, y las propuestas como las del Informe Higuchi.

En las *Guías* se puede ver tanto el desarrollo de una línea de fuerza de cada vez mayor implicación de Japón en los esquemas de seguridad norteamericanos, como una forma definitiva de atar a Japón a la hegemonía estadounidense, incluido acá el aspecto de contrapeso al poderío económico de Japón.

El trámite del establecimiento de las *Guías* y los principios de metodología política deben también ser tenidos en cuenta:

- Quitarles trascendencia y presentarlas como una mera cuestión de adaptación a las técnicas contemporáneas de defensa.
- Para eso, dar lugar a un largo trámite de modo que no aparezca en su verdadera contundencia, mientras se va logrando lo que se quiere. Por lo pronto, el trámite de establecimiento de las *Guías* tuvo tres partes: el Acuerdo, la Declaración y las *Guías* en sí mismas. Además de dejarlas abiertas a estudios posteriores sobre puntos específicos.
- El uso del hecho consumado.
- Aprovechar la legítima y sentida cuestión Okinawa para distraer la atención del tipo de compromiso que significan las *Guías*.
- El manejo de la indefinición y la ambigüedad de los términos para poder dar lugar a interpretaciones según convenga.
- Poner gran énfasis en que tanto la interoperabilidad de tropas como el envío de fuerzas japonesas fuera del territorio tendrían que ver con operaciones de paz, humanitarias y de rescate. ¿Alguien podría estar en contra de rescatar personas que han padecido siniestros?
- Poner entre los propósitos (Declaración) ayudar a China a tener un papel positivo; cooperar con Rusia para, con sus reformas, normalizar las relaciones nipo-

rusas (quizás lo menos fuera de lugar); continuar la cooperación con Corea del Sur para la estabilidad de la Península; diálogos de seguridad regional multilaterales con ASEAN y eventualmente el noreste de Asia; cooperación para facilitar el proceso de paz en Medio oriente y en la ex Yugoslavia. Propósitos sin duda bastante amplios, así como lo es el área que implican. Pero, ¿alguien podría estar en contra de alguno de esas buenas intenciones?

- Negar el carácter geográfico de la expresión *alrededor de Japón*, abriéndolo así a cualquier interpretación posible.
- La definitiva adopción del criterio de *incrementalismo* para evitar presentar algo compacto que pueda generar reacciones más firmes de la población japonesa.
- Evitar cualquier modificación a los tratados y acuerdo existentes para no crear un frente de resistencia, como había ocurrido para la renovación del Tratado de seguridad en 1960.

Se pasó entonces de simples estudios conjuntos en los años setenta a operaciones conjuntas en las nuevas *Guías*, y de que el problema fuera un ataque a Japón, en 1960, a que pasen a serlo las actividades de EEUU en un área que se sigue denominando alrededor de Japón pero sin que esa indicación tenga ya carácter geográfico.

Lógicamente, el panorama económico había cambiado respecto de los años setenta y de la coyuntura correspondiente a las *Guías* de 1978. En los años noventa se estaba en medio del estancamiento general de la economía japonesa, aunque con una muy distinta situación según se tome las finanzas o la industria, y ante el panorama de una recesión que parecía no terminar. Pero eso de ninguna manera era muestra de ser una decadencia ni de disminuir la posición de Japón en el mundo. Así las cosas, el intento hecho en EEUU de explicar lo que pasaba en Japón estuvo en manos de una nueva generación, es decir, nueva con respecto a Johnson, quien desde el JPRI sólo parecía sacar la cabeza para criticar la política militar de EEUU.

Entre lo mejor que dio la década del noventa en estudios sobre Japón están la obra de T. J. Pempel, quien ya había tratado en 1982 y 1990 tanto el sistema de partido único como la “democracia diferente”; en la obra publicada en 2000 se aborda lo que llama régimen japonés, de lo que quizás lo más interesante sea su concepto de coalición social. Se puede ver que hay dos focos de interés: la economía y el poder. Si bien el concepto de régimen no queda meridianamente claro aún siendo objeto de todo un libro, eso no desmerece toda la reflexión que el autor practica acerca de la economía japonesa. Es interesante que, por su parte, el planteo de “democracia diferente” de Pempel no haya pasado inadvertido en Japón (Sorai, en castellano).

La cuestión de las respuestas sectoriales a los planteos de reformas y lo efectiva-

mente hecho en relación con ellas, o sea el gran tema en discusión en la década, dio lugar –y no podía ser de otro modo– al patrocinio de un *think tank* del sistema como *The Brookings Institution* para la obra de Carlile y Milton. Se había avanzado mucho desde la publicación de Patrick y Rosovsky. Desde el campo de la política y de las instituciones empresarias y obreras, en el caso de Carlile, y desde la economía política en Tilton, los dos abordaron precisamente lo que en EEUU interesaba de Japón en los noventa: las reformas, para analizar cómo funcionaban los mecanismos regulatorios en Japón y hasta qué punto podían cambiar. En una perspectiva más socioeconómica pero de planteo histórico, quizás la más interesante de todas, hicieron su aparición los trabajos de R. Taggart Murphy, quien ha publicado tanto en *New Left Review* como en *Harvard Business Review* y en *Brookings*. Es como si las explicaciones ideológicas y vistosas acerca de Japón (Kahn, Vogel) que el poder estadounidense favorecía todavía en los años sesenta y setenta fueran ahora menos apreciadas a cambio de las que tienen planteos empírica y teóricamente válidos, aunque no sean exactamente las que al poder le gustaría oír.

Si bien la existencia del agujero con la forma de Japón en las ciencias sociales de que habla Williams es constatable, también es verdad que la calidad del *scholarship* estadounidense en explicaciones acerca de la economía y la política de Japón ha crecido notoriamente desde los años setenta¹³, como también es verdad –a la vez– que en el campo de la economía y la política esa calidad ha crecido en forma paralela a la necesidad de EEUU de encontrar explicaciones más convincentes en la misma medida que aumentaba la importancia de Japón para EEUU. Contrasta acá la diferencia entre el simplismo ideológico de las explicaciones acerca del mundo en general –al menos las que alcanzan difusión– con la penetración de las explicaciones acerca de Japón.

III. Cierre

Se ha tratado de esbozar una de las líneas que permiten llevar a entender lo que pasa en Japón: la que tiene que ver con las explicaciones dadas. El énfasis puesto en las relaciones de Japón con EEUU no implica desconocer otros aspectos fundamentales como la dinámica de la economía japonesa misma, o como lo son las relaciones de Japón con el sudeste y el este de Asia. Sólo se ha querido rastrear esa línea porque además de ser las relaciones de Japón con EEUU uno de los factores principales en cualquier posible explicación, no se puede dejar de lado en ningún instante que lo que se produce como conocimiento y lo que se difunde

13. Es necesario aclarar que esto no significa desconocer calidad anterior como la de Donald Keene, para dar un nombre en el campo de la literatura, o William Lockwood más afín al tema de este trabajo.

como información de prensa están profundamente relacionados con ellas. Todo el mundo conoce la importancia de la relación de Japón con EEUU, pero no basta con afirmarlo enfáticamente sin que eso intervenga en la inteligibilidad de las explicaciones que se dan.

Por otro lado, no basta conformarse con aceptar que Japón está bajo el paraguas militar de EEUU y que este país es un mercado fundamental para la producción industrial japonesa. Es necesario reconocer que dentro de esa situación se han producido cambios de acuerdo con las condiciones de cada uno y con su posición relativa. Importante es reconocer también que la forma que ha ido tomando la necesidad de uno para con el otro ha cambiado. De ser un bastión militar para las tropas norteamericanas en relación con Asia oriental, y de ser necesario al esquema de la Guerra Fría como dinamizador de la economía del este de Asia, primero, Japón pasó a ser importante como comprador de los bonos del tesoro norteamericano –los que sostienen la ficción de que la economía de EEUU es una economía donde todo se debe a las fuerzas de mercado– y como proveedor de ciertas tecnologías que la industria militar estadounidense precisa. Tecnologías acerca de las cuales la cuestión no es que EEUU puede tener o no el nivel suficiente como para desarrollarlas y producirlas, sino que Japón ha procurado especializarse en ellas y luchado por mantener un predominio que le asegure poder de negociación en general frente a los EEUU.

A largo de sesenta años, Japón ha estado dispuesto a hacer muchas concesiones, todas las necesarias, pero no a perder la dirección de su economía, ni a quedarse en uno de los tipos de industrialización que el FMI y los EEUU le recomiendan a los demás países. Por el contrario, como ha ocurrido desde Meiji, Japón ha buscado ponerse a la misma altura de las potencias, creyendo incluso a fines de los ochenta, con mal cálculo, haber logrado ponerse a la altura de EEUU. Ese proceso ha significado poner énfasis en aspectos no desconocidos en otros países (Francia, Alemania, por ejemplo), pero que en Japón han tenido una importancia sin igual, como es limitar todo lo posible y de manera sistemática la participación del capital extranjero. En el mes de abril de 2007 se ha limitado a 20 por ciento la participación extranjera en las emisoras de radio y televisión. La dirección del proceso económico por parte del Estado, que ha ido mucho más allá que cualquier objetivo y regulación keynesiana conocida, implica lanzar, imponer y proteger ciertas líneas de desarrollo dentro de cada una de las cuales, sin embargo, hay una gran competencia entre las empresas privadas por el liderazgo en la línea de que se trata.

También es necesario reconocer que lo que se ha llamado el modelo japonés no ha sido una forma única, sino que es un producto que se ha ido construyendo y cambiando desde el momento mismo en que se inició el proceso de reversa de las reformas de posguerra promovidas por la ocupación norteamericana; desde el proceso de reconstitución de los grandes grupos económicos, en la posguerra

alrededor de una empresa principal, un banco como *keiretsu*, pero *keiretsu* implica también la posesión cruzada de las acciones entre todas las empresas del grupo, tomando poco a poco la forma después considerada clásica a principio de los años sesenta cuando se temió que las primeras liberalizaciones podían dar lugar a la adquisición de empresas japonesas por parte de empresas extranjeras. No era un mero gusto cultural japonés por el “grupismo”. Igual producto histórico es el llamado Estado Constructor, desarrollado en los años setenta cuando hubo grandes excedentes de capital.

De allí que considerar todo eso como típicamente japonés es una caracterización aceptable si con ella se quiere decir que es particular de Japón, pero no es producto de una idiosincrasia. No había *Estado constructor* (*dokken kokka*) en Meiji. Sí había, al igual que después de la Segunda Guerra Mundial, la decisión de limitar la participación del capital extranjero a un mínimo muy elemental e indispensable. Es por eso que Williams habla de *nacionalismo económico* como la directriz de todas las características de la economía y la política japonesas. Acerca de esto se puede polemizar mucho, pero las únicas formas usuales hasta ahora de enfrentar el argumento son tres: la discusión de buenos y malos, la de simplemente “patear el tablero” de la discusión y desviarla, o centrar todo en la burocracia; la cuarta es la culturalista –ya puesta de lado entre los especialistas en Japón en los países desarrollados. Habría que demostrar que Williams se equivoca: no simplemente establecer que lo que dice no puede ser porque se está pensando en nacionalismo identitario. Pero la discusión no llega a tener lugar porque la palabra nacionalismo ha pasado a ser astutamente connotada y manejada de tal manera que impide cualquier diálogo cuando aparece. Murphy ni siquiera se atreve a usar el término, pero no duda en sugerir que la historia moderna de Japón se entiende por el miedo a la revuelta social y por el temor al dominio extranjero (2000). Y hasta la aquiescencia a una potencia dominante, que Murphy pone casi en el rango de característica de la historia japonesa, ¿no fue acaso la forma de conseguir la mayor autonomía posible?

No obstante, la comprensión de Japón que podemos tener a comienzos del siglo XXI es también producto histórico. Hemos visto que trabajos como los de Johnson, van Wolferen, o Carlile y Tilton se dan en una relativa contemporaneidad con grandes contenciosos en las relaciones de Japón con EEUU. Y cómo el asombro ante el papel del Estado japonés en la economía llevó a gente que no es despistada hasta a compararlo con la URSS.

Se puede decir que hay unas características generales a lo largo de ciento cincuenta años en el capitalismo japonés, pero que las instituciones económicas no han sido siempre iguales.

¿Ha cambiado o está cambiando el modelo japonés? Para Murphy en realidad no, para Benes sí, para Mincer muy poco, en realidad nada. Pero más allá de ese

Planteo del tema

En el inicio de su presidencia, la orientación ideológica del gobierno de Néstor Kirchner despertó expectativas en el mundo académico dedicado a los estudios asiáticos en Argentina, sobre todo respecto a cuál sería la política que implementaría hacia la península coreana.

Impregnado del pensamiento “setentista”, el presidente y su grupo de trabajo han expresado reiteradamente su admiración por el gobierno de Héctor Cámpora, cuya política de “apertura hacia los países del Este” modificó –en 1973– la orientación hacia la península, con el reconocimiento de la República Popular Democrática de Corea. Por eso, la sola llegada del presidente a la Casa Rosada despertaba interrogantes sobre la orientación a llevar a cabo durante su gestión.

¿Seguiría el Gobierno Nacional una política similar a la del interregno de Cámpora? ¿Acaso Argentina restablecería relaciones diplomáticas con Corea del Norte?

En noviembre de 2004, la visita de Estado¹ del presidente Roh Moo-Hyun a la Argentina cobró relevancia al poner punto final a dichas dudas, consolidando el gobierno de Kirchner la orientación iniciada en 1962 con el establecimiento de relaciones diplomáticas entre Argentina y la República de Corea, sólo alterada por el doble reconocimiento entre 1973 y 1977.

Por eso, el eje central del presente ensayo plantea el estudio de los factores que incidieron en la conservación de la orientación política hacia la península coreana, sin dejar de lado la voluntad política existente para que el “diálogo MERCOSUR-Corea” sea el primero de la organización regional con un país del Asia-Pacífico, a partir de la promoción de éste por parte de Seúl y el fracaso de la diplomacia multilateral hacia China. Todo ello, enmarcado en una política exterior argentina hacia el Este Asiático con eje en las relaciones bilaterales con China.

Breve introducción histórica a las relaciones bilaterales

En otro estudio, concluíamos que la política exterior argentina hacia Corea tiene cuatro fases, claramente diferenciadas en la historia contemporánea por sus orientaciones políticas. (Oviedo, 2004: 487-496)

La primera transcurre antes de 1962, con inexistencia de vínculos diplomáticos, siendo el conflicto armado en la península desarrollado entre 1950 y 1953 una

1. El término Estado se escribe con mayúscula siempre que refiere a la unidad política conformada por territorio, población y poder, para distinguirlo del término estado, que se escribe con minúscula y que refiere a la situación en que está una persona o cosa.

situación inestable que obligó al posicionamiento internacional del gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955). El entonces presidente definió la orientación externa frente al conflicto entre dos Estados no miembros de Naciones Unidas que involucró, también, a dicha organización y a la República Popular China. Tras la caída de Perón, los gobiernos de la llamada “Revolución Libertadora” (1955-1958) continuaron la orientación política, aceptando –junto a Brasil– ser receptores de prisioneros provenientes del Comité de Repatriación presidido por India, sin reconocer ni establecer relaciones diplomáticas con ninguna de las dos partes principales en conflicto.

Fue el gobierno de Arturo Frondizi (1958-1962) el que estableció relaciones diplomáticas en días previos a su derrocamiento, el 15 de febrero de 1962. Desde esa fecha hasta 1973, Argentina –al igual que la mayoría de los países latinoamericanos en el marco del conflicto este-oeste– reconoció al gobierno de la República de Corea como representante exclusivo del Estado coreano. Bajo esta orientación política, las relaciones se desarrollaron lentamente, destacándose la creación de ambas sedes diplomáticas y la designación de los primeros embajadores; el viaje del ministro de Relaciones Exteriores, Miguel Ángel Zavala Ortiz, a Seúl, y la firma del acuerdo cultural en 1966 como, también, del acuerdo para la protección de patentes de invención en 1972. (Oviedo, 2001: 136; 147-148)

La tercera fase comienza con el reconocimiento del gobierno y el establecimiento de relaciones diplomáticas con Corea del Norte, durante la breve presidencia de Héctor Cámpora en 1973. Orientación de doble reconocimiento vigente hasta 1977 cuando, tras el abrupto e intempestivo retiro del personal de la embajada norcoreana acreditada en Buenos Aires, el gobierno *de facto* de Jorge Rafael Videla decidió interrumpir las relaciones con ese país.

Por lo anterior, en 1977 comienza la cuarta fase, que establece una continuidad hasta el final del mandato de Néstor Kirchner y que puede continuar en el tiempo de no mediar cambios en la orientación externa. Los gobiernos *de facto* del llamado “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983) y las presidencias constitucionales de Raúl Alfonsín (1983-1989), Carlos Menem (1989-1999) y Fernando De la Rúa (1999-2001), como el interinato de Eduardo Duhalde (2002-2003), continuaron la política inaugurada en 1962, sólo alterada entre 1973 y 1977.

Fases de la política exterior argentina hacia la península de Corea

Fase I	1948-1962	Sin reconocimiento ni relaciones diplomáticas con Corea
Fase II	1962-1973	Reconocimiento y relaciones diplomáticas con Corea del Sur
Fase III	1973-1977	Doble reconocimiento y establecimiento de relaciones diplomáticas
Fase IV	1977-2007	Reconocimiento y relaciones diplomáticas con Corea del Sur

- A Two-Dimensional Approach". Disponible en: http://dspace.anu.edu.au/bitstream/1885/39965/2/Japan_evolution_interest.pdf.
- "Japan Structural Impediments Initiative Interim Report" (1990), *Immediate Release*, 5 de abril.
- "Trade Compliance Center, Making America's Trade Agreements Work for You". Disponible en: http://tcc.export.gov/static/doc_exp_005582.asp
- "Japan Structural Impediments Initiative Joint Report" (1990), Trade Compliance Center, Making America's Trade Agreements Work for You, 22 de junio. Disponible en: http://tcc.export.gov/static/doc_exp_005583.asp
- JÉQUIER, Nicolas (1973), *El desafío industrial japonés*. Barcelona: Aguilar.
- JOHNSON, Chalmers (1978), *Japan's Public Policy Companies*. AEI-Hoover.
- (1982), *MITI and the Japanese Miracle, The Growth of Industrial Policy, 1925-1975*. Stanford University Press.
- (1996), "The Okinawan Rape Incident and the End of the Cold War in East Asia". JPRI Working Paper No. 16, febrero.
- JOHNSON, Chalmers et al. (ed.) (1989), *Politics and Productivity-How Japan's Development Strategy Works*. Harper Business.
- KUWAMOTO, Akira (1998), "Regulatory Reform and Globalization". *Asia Pacific Review*, Vol. 5, N° 1, pp. 83-95.
- MINCER, Jean-Francois (2000), "Japan's Big Ban: Too Little Too Late", *FEER*, diciembre, pp. 17-21.
- MOCHIZUKI, Mike (ed.) (1997), *Toward a True Alliance, Restructuring US-Japan Security Relations*. Brookings Institution Press.
- MURAMATSU, Michio (1985), "Le pouvoir de la burocratie dans la politique japonaise". *Pouvoirs* N° 35, pp. 85-96.
- MURPHY, R. Taggart (2000), "La crisis económica de Japón". En *New Left Review* N° 2, mayo-junio, pp. 83-105.
- (2006), "Los dólares de Asia oriental". En *New Left Review* (en español) N° 40, septiembre-octubre, pp.35-59.
- NAKAMURA, Takajusa (1990), *Economía japonesa, estructura y desarrollo*. México: El Colegio de México.
- OKITA, Saburo (1975), *Japan and the World Economy*. Tokyo: The Japan Foundation.
- ORTIZ, Renato (2003), *Lo próximo y lo distante, Japón y la modernidad mundo*. Buenos Aires: Interzona.
- OZAWA, Terutomo (1974), *Japan's Technological Challenge to the West: 1959-1974, Motivation and Accomplishment*. MIT.
- PRESTOWIZ, Clyde Jr. (1988), *Trading Places*. Tokyo: Charles. E. Tuttle Company.
- PEMPEL, T. J. (2000), *Regime Shift, Comparative Dynamics of the Japanese Political Economy*. Cornell University Press.
- et al. (2007), "Book Review Roundtable", *Asia Policy* N° 4, Julio, pp. 187-211.

- SAKAKIBARA, Eisuke (2000), "Echando un pulso con los bolsistas estadounidenses". Cuadernos de Japón, Vol. XIII, N°1, pp. 13-19.
- SCHVARZER, Jorge (1973), *El modelo japonés*. Ciencia Nueva.
- SHINOHARA, Miyohei (1982), *Industrial Growth, Trade, and Dynamic Patterns in the Japanese Economy*. Tokyo: University of Tokyo Press.
- SHWOB, Thierry; SIGOGNE, Philippe (1985), "Le Japon à l'âge mur", en *Revue de l'OFCE*, Vol. 12, pp. 49-112.
- SILVA, Alberto (2000). *La invención de Japón*. Buenos Aires: Norma.
- SORAI, Mamoru (2005), "Historia de una 'democracia diferente': la posguerra en Japón". *ISTOR*, Año VI, N° 21, pp. 68-98.
- TANAKA, Hitoshi (2006), "Strategic Challenges for Japanese Diplomcy in the Twenty-First Century". *Gaiko Forum*, invierno, pp. 3-11.
- TSURU, Shigeto (1993), *Japan's Capitalism*. Cambridge University Press.
- TOGO, Kazuhiko (2005), *Japan's Foreign Policy 1945-2003*. Leiden: Brill.
- WAN, Ming (s/d), *Japan's Rise and its Alliance with the United States*. FEER.
- WILLIAMS, David (1994), *Japan: beyond the end of history*. Routledge.
- WOLFEREN, Karel van (1989), *The Enigma of Japanese Power*. Macmillian.